tinente americano, y no conservar más que las islas de Cuba y Puerto Rico, en la parte septentrional, y alguna otra que pueda convenir en la meridional, á fin de que nos sirva como de escala ó depósito para el comercio español.

"Para llevar á cabo este gran pensamiento, de una manera digna de España, es preciso establecer tres infantes en América, uno como Rey de México, otro como Rey del Perú y el 3º como Rey de Costa Firme, tomando V. M. el título de Emperador de las Indias.

"Las consideraciones de esta grande cesión deberán ser que V. M. y los príncipes que ocuparán el Trono español, en clase de sucesores de V. M., sean siempre reconocidos por los nuevos reyes como jefes supremos de la familia....."

Creyendo la época oportuna, ya desde 1823, Mr. de Chateaubriand, trabajaba con ahinco para la implantación de una Monarquía franco-española, y hasta llegóse á designar para el puesto de Monarca, en la Argentina, al Duque de Orleans.

Habiendo abandonado el autor de *Atala* y *los Mártires* su elevado puesto en el Gobierno de la Francia, lo sustituyó Mr. de Villéle, quien se propuso realizar el Plan de Iguala, comisionando para el efecto al Marqués Crouy Chanel para que negociara con Fernando VII, á fin de que éste consintiera en que fuera Emperador de México el Infante Don Francisco de Paula. El Monarca ibero no aceptó la combinación.

Coincidió con este proyecto la conspiración descubierta en México el año 1827, y llamada del Cura Arenas, la cual tenía por objeto restablecer el dominio español en la Nueva España: el eclesiástico referido y otro más que aparecía complicado, fueron fusilados.

Parece que por entonces, los monarquistas abandonaron sus proyectos de monarquía, hasta el año 1840 en que el célebre Gutiérrez Estrada dirigió al Presidente de la República, General D. Anastasio Bustamante, una carta que salió á la publicidad, y en la que recomendaba el negocio; carta que encontró una repulsa completa por parte de la opinión pública, tan completa, que el signatario de ese documento tuvo que huir al extranjero, expatriándose y fijando su residencia en Europa, donde continuó sus depravados trabajos hasta verlos triunfantes en 1863, que presidiendo una Comisión de traidores tuvo la singular complacencia de ofrecer á Maximiliano, en

su residencia de Miramar, la corona del Imperio mexicano, según veremos en su oportunidad.

En 1845, el General Don Mariano Paredes y Arrillaga, que desde hacía mucho tiempo (el año 1832) abrigaba la convicción íntima de que el establecimiento de un Trono, salvaría á México de la anarquía y de la ambición de los Estados Unidos, se pronunció, como era uso y costumbre en esos malhadados tiempos, contra el Gobierno existente: triunfante ese movimiento, netamente retrógrado, con la circunstancia agravantísima de que las tropas con que lo verificó, estaban destinadas para combatir contra el ejército de los Estados Unidos del Norte, que acababan de declarar á México la más injusta de las guerras, Paredes se hizo elegir Presidente por una ridícula Junta de Notables, y bajo los auspicios del Poder, cobró nuevo brío el partido monárquico conservador y se dedicó á la propagación de sus doctrinas, fundando para el efecto y como base primordial de sus trabajos, un periódico intitulado "El Tiempo," que mucho llamó la atención por sus ideas atentatorias á la soberanía nacional, y por su descaro al exponerlas, siendo el director de esa publicación el funesto Don Lucas Alamán, que insertó en él de toda preferencia, la Memoria del Conde de Aranda, de que llevamos hecha mención.

En esta vez el candidato para el Trono lo era el Infante Don Enrique, hermano del esposo de la Reina de España, en cuyo país el proyecto encontró una benévola acogida; mas la caída de Paredes y los sucesos de la guerra americana, que absorbían la atención pública, dieron al traste con la tal combinación.

En 1856 el partido monárquico envió de México á dos individuos *respetables* para que ofrecieran el Trono al Duque de Montpensier, quien, sin rechazar la proposición, hizo algunas observaciones que pusieron de manifiesto su *prudencia* y *circunspección*.

"En esta época, refiere Hidalgo, á pesar de nuestra modesta posición oficial, empezamos á tomar una parte más directa y aun la iniciativa, aprovechándonos de cuantas ocasiones se nos presentaron para hablar en favor de nuestra idea.....; lo repetimos, no teníamos ilusiones de que la Europa nos ayudase del modo único que podía dar un resultado positivo, cual era una Intervención extranjera que restableciera el orden material, y diese las garantías necesarias para que la gente de orden pudiese con sosiego decir la forma de gobierno que prefería.....

"Nuestras opiniones personales tuvieron bien pronto un apoyo inesperado con la entrada en el Poder del General Zuloaga, que nombró un Ministerio conservador, el cual pidió oficialmente á la Europa que interviniese en nuestros asuntos, antes de que la nacionalidad acabase de desaparecer de una sociedad próxima á desmoronarse."

Almonte, que representaba al Gobierno reaccionario cerca de la Corte de las Tullerías, y que había sido acogido perfectamente por el César francés, trabajó con empeño en esta obra nefanda:[1] el Ministro con quien entró en pláticas, deploraba la situación de México, sin ocultar sus simpatías por él; pero para tomar una resolución decisiva, exigía la cooperación de la Inglaterra, para poner, *dizque* á cubierto, su conducta, y probar "que no abrigaba ninguna mira ambiciosa, ni que tampoco seguía una política de aventuras."

El representante de México en Londres, Sr. Murphy, hacía iguales gestiones cerca del Gabinete de San James, el cual pedía para obrar, la cooperación de los Estados-Unidos; y á la sazón, el mismo Hidalgo presentó una carta á Calderón Collantes, Ministro de Estado de S. M. C., en la que, entre otras cosas, le decía, "que la España en su calidad de potencia que poseía colonias en América, y como representante genuino de la raza española que allí habita, debía promover, que en el Congreso europeo que había convocado y que iba á reunirse para resolver la cuestión de Roma, se tratase de la cuestión de América, ó bien entenderse directamente con la Francia y la Inglaterra para invitar á los Estados Unidos á establecer un protectorado en México, y que éste fuera colectivo.

"Que los Estados-Unidos, proseguía, no podían alegar razón ni

1 El 28 de Enero de 1861, acabando de triunfar el Gobierno constitucional, ordenó el Presidente Juárez por conducto del Ministro de Relaciones, que Almonte, recientemente dado de baja como General en el Ejército mexicano, hiciera entrega inmediatamente al Secretario Oceguera, de los archivos de la Legación que por nombramiento reaccionario había tenido á su cargo últimamente, quedando á la vez separadas de todo empleo ó comisión en servicio de la República, todas las personas que servían al lado de aquél (Don José Hidalgo y Don José Algara), "cuya conducta, especialmente la del primero, ha merecido y merece, decía el Sr. Zarco, la expresa desaprobación del Supremo Gobierno de la República."

Que Almonte quedaba separado de todo cargo, empleo ó investidura pública en servicio de la Nación, sin que ello obstara al debido enjuiciamiento en su contra, en el tiempo y forma correspondientes, por las responsabilidades que le resultaren.

derecho que justificara su resistencia para dejar que el Occidente europeo tomara parte en un acto de tanta trascendencia, y que también le interesaba. Así podrá la España, agregaba, *asegurar de nuevos ataques é insultos* á sus posesiones de América, y prestar un gran servicio á sus hermanos de aquel Continente."

Al Gobierno de Zuloaga siguió el del General Miramón, cuyo Ministerio repitió á sus representantes de Paris y Londres las instrucciones del anterior sobre Intervención extranjera, y el segundo escribió confidencialmente á Gutiérrez Estrada, que se hallaba establecido en Roma, *para que trabajase también en el mismo sentido.* "Esto, añade un juicioso é ilustrado escritor, puede servir para apreciar en su verdadero valor el significado de la Intervención amistosa que durante la Guerra de Reforma ofrecieron varias veces los ministros de Inglaterra, Francia y España en México."[1]

En 1861, victorioso el partido liberal, se trató de ofrecer el Trono de México al Duque de Módena, que acababa de perder sus Estados; pero un diplomático inteligente, conocedor de las ideas del Duque, disuadió de tal empresa á los autores del pensamiento, en virtud de las razones poderosas que les expuso.

"Por su parte, concluye Hidalgo, el partido conservador en México dirigía sentidas exposiciones al Emperador Napoleón y al Go-

1 Refiere Arrangoiz, que durante la permanencia de Miramón en Paris el año 1861, fué objeto de grandes consideraciones por parte de Napoleón, y visitado por el Duque de Morny, tratando de atraerle á los proyectos del Emperador, que no eran otros, según el historiador citado, que los de obtener para Francia el Estado de Sonora y la Baja California.

Que después de firmada la Convención de Londres, Miramón pasó á Madrid, en donde asistió de gran gala á una solemnidad; y al entrar en el Palacio de Doña María de Aragón, acompañado de oficio de un ayudante del Marqués del Duero, fué objeto de la atención general, y cumplimentado en su tribuna por este personaje.

Asistió á un gran banquete con que lo obsequiaron algunos españoles y varios mexicanos residentes en la Península, y visitó al Duque de Tetuán, Presidente del Consejo; y, por último, un periódico afirmó que iba á salir para México á ponerse al lado de los buenos patricios que defienden allí la causa de la sociedad, tan luego como hubiese saludado á la Reina de España.

Más adelante refiere el mismo Arrangoiz, que en una conversación tenida entre el Duque de Morny y Miramón, éste no aprobó los planes de absorción de una parte del territorio mexicano, como pretendía el déspota de las Tullerías, y, agrega el referido historiador, "Tal vez fuera esta conversación la causa del desvío con que el Gobierno francés trató después á Miramón, á pesar de haber sido Presidente, PEDIDO LA INTERVENCIÓN y ser Jefe de los conservadores.